

Un Trump en horas bajas visita en China a un Xi Jinping reforzado

► Corea del Norte y el déficit comercial norteamericano marcan la visita del presidente de EE.UU. a Pekín, que le brindó una bienvenida por todo lo alto

PABLO M. DÍEZ
CORRESPONSAL
EN PEKÍN



Los dos hombres más poderosos del mundo, el presidente de Estados Unidos y el de China, se reúnen desde ayer en Pekín. Hasta ahora se pensaba que el más poderoso era el inquilino de la Casa Blanca, pero el planeta está cambiando tan rápidamente que incluso de eso hay dudas ya. Al auge internacional de China se suma que el presidente estadounidense, Donald Trump, llega a Pekín en sus horas más bajas: con su popularidad muy tocada, acusado por diversos escándalos y con otra matanza en EE.UU. que vuelve a reabrir el debate sobre las armas en su país. En cambio, su homólogo chino, Xi Jinping, lo recibe justo tras reforzar su posición en el XIX Congreso del Partido Comunista. Tras dicho cónclave, que concluyó hace dos semanas, Xi no solo se ha consolidado como el mandatario más fuerte desde el «padre de la patria», Mao Zedong, sino que además no se vislumbra ningún sucesor para cuando concluya su mandato en 2022, que podría prolongar para perpetuarse.

Tan diferentes situaciones personales son un espejo también de las siempre difíciles relaciones diplomáticas entre sus países, marcadas por la eterna crisis de Corea del Norte y el enorme déficit comercial que tiene Estados Unidos con China, que superó el año pasado los 300.000 millones de dólares (258.000 millones de euros). Y, mientras Xi Jinping pregona el libre comercio para expandirse por el mundo, a Trump le pasa factura abrazar el proteccionismo.

Mejorar su imagen

Para mejorar su imagen, el magnate ansía volver a casa con algún triunfo diplomático y China es la escala más importante de su larga gira por Asia, que empezó el domingo y terminará el lunes tras pasar por Vietnam y Filipinas. Hasta ahora, el presidente se ha

limitado a mezclar sus advertencias al régimen del joven dictador Kim Jong-un con una oferta de diálogo y a alardear de las ventas multimillonarias de armamento a Japón y Corea del Sur, que ni siquiera ha concretado.

Además, ha protagonizado varias anécdotas de las suyas en este Oriente que tanto cuida las formas. Entre ellas, pedir hamburguesas en el país del sushi, volcar a lo bruto la comida de los peces en el palacio imperial de Tokio en lugar de seguir el ritual y no saludar al monarca nipón con la reverencia que le dedicó Obama. Para ello, ni siquiera pudo hacerse ayer la consabida foto oteando Corea del Norte desde el Paralelo 38 porque la niebla le impidió llegar desde Seúl.

Tras estos contratiempos, el presidente Xi Jinping le dispensó ayer una bienvenida imperial a Pekín, donde fue agasajado en el aeropuerto por una guardia de honor y una legión de niños agitando banderas chinas y estadounidenses. Un recibimiento muy distinto al que tuvo Obama cuando, al aterrizar el año pasado en Hangzhou para asistir a la cumbre del G20, se encontró con que no había escalera para bajar del avión y se vio obligado a salir por la puerta de atrás del Air Force One.

Alfombra roja

En esta ocasión, Xi no solo desplegó la alfombra roja para Donald y Melania Trump, sino que les enseñó la Ciudad Prohibida de Pekín junto a su esposa, la cantante Peng Liyuan. Por primera vez, el régimen chino utilizaba tan simbólico monumento, palacio de los emperadores durante cinco siglos, para atender a un dignatario extranjero. Además de tomar el té en uno de sus pabellones mientras presenciaban una actuación de estudiantes de ópera china, las dos parejas cenaron luego en un palacio de la Ciudad Prohibida como si fueran emperadores del siglo XXI.

Pero, dejando a un lado este derroche de hospitalidad oriental, lo importante se decide hoy, cuando Xi recibe oficialmente a Trump en el Gran Palacio del Pueblo, contiguo a la Ciudad Prohibida en plena plaza de Tianan-

men. Por primera vez también, dicha ceremonia será retransmitida por la televisión estatal china, lo que indica el bumbo que el régimen de Pekín le está dando a la visita del presidente estadounidense.

El desafío de Pyongyang

Lo que falta por ver es si tan calurosa recepción se corresponde con las expectativas que trae Trump, quien pretende presionar a Xi Jinping para que le ayude a desactivar el persistente de-

safio nuclear de Corea del Norte. Con sus habituales bandazos, el presidente estadounidense ha alabado y luego criticado la mediación de su homólogo chino con el régimen de Kim Jong-un. Como grandes logros de la Casa Blanca, Pekín se ha sumado a la presión de las sanciones internacionales y, al menos hasta el cierre de esta edición, Pyongyang no ha «saludado» la llegada de Trump con un nuevo misil, pero el conflicto está lejos de una solución.



DISCURSO ANTE LA ASAMBLEA SURCOREANA

«Las naciones deben aislar al régimen brutal de Pyongyang»

P. M. DÍEZ PEKÍN

Tras abortar por la niebla su visita sorpresa a la frontera del Paralelo 38 entre las dos Coreas, el presidente Donald Trump se despachó ayer a gusto con el joven dictador Kim Jong-un. En un duro discurso ante la Asamblea Nacional surcoreana, Trump instó a «aislar al régimen brutal» de Pyongyang, según dijo en su alocución, emitida por televisión. «El mun-

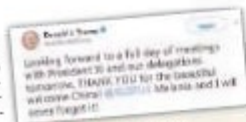
do no puede tolerar la amenaza de un régimen canalla que amenaza con la devastación nuclear. Todas las naciones responsables deben unir sus fuerzas para aislar al régimen brutal de Corea del Norte, negarle cualquier forma de apoyo, suministro o aceptación», propuso apelando también a China y Rusia, prácticamente los dos únicos sostenes que le quedan a Pvonpyang.

Igual de complicado se presenta el otro gran asunto sobre la mesa: el severo déficit de Estados Unidos con China, titulado de «terrible» por el presidente Donald Trump. Para reducirlo, le acompañan en este viaje cuarenta magnates en busca de jugosos contratos, entre los que destacan los jefes de empresas punteras como Boeing, Goldman Sachs, Westinghouse Electric y Qualcomm. Aunque Trump y Xi Jinping apadrinan hoy la firma de acuerdos comerciales por un valor aproximado de unos 20.000 millones de dólares (17.200 millones de euros), de los que casi la mitad fueron suscritos ayer, la balanza comercial seguirá siendo muy desfavorable para Estados Unidos este año. Trump, que criticó durante su campaña las prácticas comerciales de China, ha amenazado

con imponer aranceles y poner en marcha investigaciones, pero de momento no ha pasado a mayores esperando que su mediación con Corea del Norte dé resultado, lo que no es seguro.

Vagas promesas

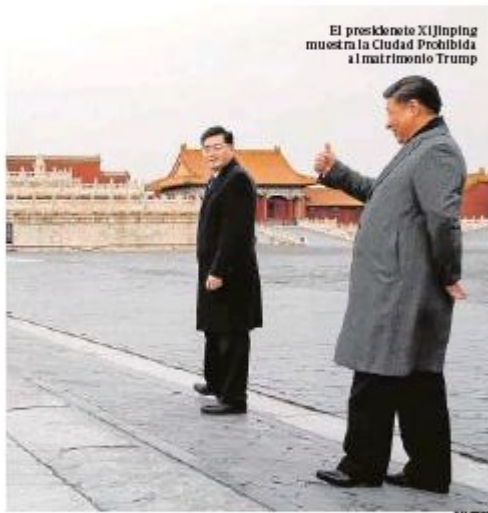
«La atmósfera que rodea la visita de Trump aparece desfavorable», analiza Colin Grabow del Instituto Cato, quien ve «probables» una «declaración incluyendo vagas promesas para equilibrar las relaciones comerciales». Pero, a su juicio, «estamos lejos de los últimos días de la Administración Barack Obama, cuando se vislumbraba un tratado bilateral de inversión». Lejos de Washington, Donald Trump busca redimir su imagen en China.



Saltando la Gran Muralla de internet para tuitear

Ni siquiera en China, donde la censura en Internet bloquea las redes sociales más populares, Donald Trump se quedó sin tuitear. Aunque la «Gran Muralla cibernética» impide el acceso a Twitter, Facebook y YouTube, entre otros, para atajar los contenidos sensibiles para el régimen, el presidente de EEUU pudo usar su herramienta favorita de comunicación. Para empezar, cambió su imagen de cabecera, que antes era de su discurso a las tropas estadounidenses a su llegada a Tokio el domingo, por una foto de grupo con el presidente chino, Xi Jinping, sus respectivas esposas, y los estudiantes de la ópera de Pekín que actuaron para ellos en la Ciudad Prohibida. Con dos mensajes a los que incorporó fotografías de dicha visita, agradeció a Xi y a su mujer, Peng Liyuan, su «hermosa bienvenida» y la «inolvidable tarde» que habían pasado en el antiguo palacio de los emperadores. Entre medias, escribió otro tuit en el que volvió a advertir a Corea del Norte de que no lo pusiese a prueba.

La Casa Blanca no ha desvelado si el presidente Trump usa una red propia de internet para tuitear o una VPN, una conexión a un servidor extranjero. Pero está claro que a Trump no le para ni la Gran Muralla china de internet.



Aunque el presidente Trump hizo el martes un llamamiento al diálogo a Kim Jong-un, volvió a lucir su faceta más contundente ante el medio millar de diputados, diplomáticos e invitados reunidos en la Asamblea surcoreana. «Corea del Norte no es el paraiso que su abuelo imaginó. Es un infierno que nadie merece», denunció en referencia a Kim Il-sung, abuelo del actual dictador y fundador del país. Un mensaje que esocó al régimen estalinista de Pyongyang, cuya propaganda «atendió» el lunes el inicio de la gira asiática de Trump llamándole «el viaje lunático de la Casa Blanca» e insistiendo en que no renunciará al uso de sus armas nucleares.

Con sus seis ensayos atómicos desde 2006 y el desarrollo de sus misiles intercontinentales, en teoría capaces de llegar a territorio de Estados Unidos, Corea del Norte quiere blindarse para disuadir a la Casa Blanca de intentar un cambio de régimen.

«No nos subestime»

Pero el presidente norteamericano advirtió a Kim Jong-un de que «las armas que está adquiriendo no le vuelven más seguro, sino que están poniendo a su régimen en grave peligro». Por ese motivo, volvió a repetir el mismo aviso amenazador que ya lanzara nada más aterrizar el domingo en su aeropuerto, primera escala de su viaje asi-

tico: «No nos subestime y no nos ponga a prueba».

Tras denunciar este «culto militar» en el vedno del norte, el presidente estadounidense contrapuso el progreso que vive Corea del Sur, uno de los países más desarrollados del mundo, con la miseria que sufre el Norte, cerrado al exterior y anclado en los tiempos de la Guerra Fría. Para salir de este aislamiento, Trump ofreció a Pyongyang «un camino hacia un futuro mucho mejor», pero le advujo que detuviera su programa de misiles y acelerara a una «completa, verificable y total desnuclearización». Una condición que el régimen nortcoreano ya ha rechazado antes.

DE LEJOS
PEDRO
Rodríguez
CUENTOS CHINOS

El gran reto internacional de Trump: formular una estrategia coherente para Estados Unidos en Asia

Si en China, la madre de todos los viajes de presidentes de Estados Unidos a China fue el de Richard Nixon en febrero de 1972. Aquella histórica tournée, acompañada de su correspondiente destello diplomático, fue posible gracias a la animadversión compartida por Washington y Pekín hacia la Unión Soviética. Con ese viaje no solo se consiguió «abrir» China sino también cambiar la dinámica de la Guerra Fría aprovechando las fisuras en el bloque comunista.

Hace un cuarto de siglo terminó la Guerra Fría. Junto a toda la tragedia acumulada a partir del octubre más rojo de la revolución bolchevique. Y en retrospectiva, el gran milagro diplomático —seguramente vinculado a los descomunales intercambios económicos compartidos— es que ese entendimiento suficiente entre Estados Unidos y la República Popular de China se haya mantenido hasta nuestros días a pesar de toda clase de altibajos.

Donald Trump llega a China con más dudas que nunca sobre la viabilidad de la relación entre esos dos gigantes hasta ahora unidos por el bolsillo. Se especula demasiado con la llamada «trampa de Tucidides»: la inevitabilidad de un conflicto cuando el orden internacional es cuestionado por una emergente potencia (Atenas). Y ese reto de poder es percibido como una amenaza inaceptable por parte de su establecido rival (Esparta).

No ayuda por supuesto, la septuagésima organizada por China en términos de revisionismo, militarismo y toda la pléyade de conflictos territoriales que cada vez la separan más de sus vecinos. Problemas que no se van a solucionar por mucho que traten a Trump como el penúltimo emperador en la Ciudad Prohibida. O vuelvan a la vieja táctica del shopping para que Washington les deje en paz a cambio de firmar algunos contratos asistenciales con empresas americanas. El gran reto internacional de la Administración Trump no es otro que formular una estrategia coherente para Estados Unidos en Asia, empezando por China. Lo cual implica algo tan complicado para la actual Casa Blanca como ejercer prudencia y al mismo tiempo insistir en el respeto a las más básicas reglas internacionales.